

El hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza

Domingo XIII T. Ordinario. Ciclo C
1R 19,16.19-21; Sal 15,1-2.5-11; Gál 5,1.13-18; Lc 9,51-62

Cuando se iba cumpliendo el tiempo de ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén. Y envió mensajeros por delante. De camino, entraron en una aldea de Samaría para prepararle alojamiento. Pero no lo recibieron, porque se dirigía a Jerusalén.

Mientras iban de camino, le dijo uno: Te seguiré adonde vayas. Jesús le respondió: Las zorras tienen madriguera, y los pájaros nido, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza. A otro le dijo: Sígueme. Él respondió: Déjame primero ir a enterrar a mi padre. Le contestó: Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el reino de Dios. Otro le dijo: Te seguiré, Señor. Pero déjame primero despedirme de mi familia. Jesús le contestó: El que echa mano al arado y sigue mirando atrás no vale para el reino de Dios.

La primera lectura del primer libro de los Reyes cuenta que Eliseo, al ser llamado, dejando los bueyes, corrió tras Elías y le pidió: Déjame decir adiós a mis padres; luego, vuelvo y te sigo (1R 19,16.19-21). Elías, protector de los pobres y defensor del monoteísmo, está sufriendo dura persecución; pero el Señor no lo abandona, sino que lo conforta y puede continuar su ruta hasta la montaña de Dios tras un peregrinaje de cuarenta días y cuarenta noches (número evocador).

Este relato expone la vocación de Eliseo, como sucesor legítimo de Elías. La llamada divina es muy diversa, la de Elías se asemeja mucho a la de Moisés: los dos se encuentran con el Señor en el monte Horeb, aunque el uno entre rayos y truenos y el otro en medio de una suave brisa (Dios es libre, e incluso paradójico, en su forma de manifestarse), los dos dejan un sucesor como continuador de su misión: Josué, que recibe el bastón de mando y Eliseo, sobre quien se echa un manto como signo de investidura e invocación. Por el contrario, la llamada de Eliseo no está envuelta en teofanía alguna, sino que es mucho más prosaica: mientras realiza sus labores agrícolas, como Moisés, David, Amós, Gedeón, Samuel, Saúl, Simón, Andrés... y otros muchos, que guardan las ovejas o pescan.

Elías no lo unge, sino que le echa encima su manto milagroso (v. 19; cfr. Zac 13,4); el manto une a maestro y discípulo en la labor ininterrumpida de la misión profética. Eliseo se despide, lo sigue y lo celebra con un banquete. La llamada implica un cambio generoso de vida y por eso sacrifica los bueyes con los que araba y obtenía sus ingresos de vida; y pues toda llamada debe ser alegre, él la celebra con un banquete. Elías no impide a Eliseo decir adiós a sus padres. Tal vez, basados en una lectura superficial del texto evangélico de hoy, muchos han dado una interpretación errónea de la "llamada" al ministerio profético, evangélico; ser "llamado" no puede equivaler a orillar a padres y hermanos para servir a una institución religiosa. La llamada profética es dura, implica aguante, conlleva incomodidades sin cuento..., pero más que un desgarramiento familiar debe ser una ruptura con un "status quo" profesional. Elías con su manto sobre Eliseo, le transfiere la misión profética.

La vocación del profeta Eliseo ilustra los relatos de vocación de discípulos de Jesús. Aunque Jesucristo no recibió ninguna unción ritual, ni la de los reyes davídicos ni la de los sacerdotes levíticos, sobre él descansó la plenitud del Espíritu, con el poder de comunicarlo a todos los que creerían en él y recibirían la unción bautismal.

El Salmo responsorial exclama con alegría: "*Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti; yo digo al Señor: «Tú eres mi bien». El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en su mano*" (Sal 15,1-2.5-11).

Segunda lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Gálatas reafirma que *"para vivir en libertad, Cristo nos ha liberado. Por tanto, manteneos firmes, y no os sometáis de nuevo al yugo de la esclavitud. Hermanos, vuestra vocación es la libertad... Porque toda la Ley se concentra en esta frase: «Amarás al prójimo como a ti mismo» Pero, atención: que si os mordéis y devoráis unos a otros, terminaréis por destruirlos mutuamente"* (Gál 5,1.13-18).

La Carta a los Gálatas es la Carta Magna de la libertad cristiana. El cap. 5 de esta carta constituye su efectiva conclusión. Pablo no aporta nuevas perspectivas sobre la libertad cristiana, sino que resume con pasión los puntos esenciales de lo que ha dicho sobre ello.

La libertad, lograda por Jesucristo supone un riesgo y un desafío, como es propio del vivir humano; por eso, eliminar la libertad, viene a ser un atentado, su renuncia, un absurdo y un pecado, su abuso. La libertad en Jesucristo es el amor; lo único es amar en totalidad y hasta el extremo. "Ama y haz lo que quieras" decía San Agustín. Pero primero ama a Dios y al hermano; es la condición básica, para ser libre. Se debe comprender que el Evangelio de Jesús es exigente, pero no inhumano, porque se sitúa en la línea de la libertad y del amor.

Lo que a Dios le importa es que salgamos de nuestros pequeños problemas para que nos anime su Espíritu. Solamente la intervención del Espíritu permite al hombre el llegar a cumplir su verdadera vocación. El creyente realmente libre es el que se considera "esclavo" de Cristo. Esa es la manera de "tener fe" en la vida diaria: solucionar todo pensando que soy de Cristo y estoy al servicio de mis hermanos. De ahí nacen la alegría y la paz: la auténtica libertad se vive en la obediencia a la verdad y al Evangelio. Pablo especifica que la cruz es lo que libera al hombre, radicalmente (Gál 1, 4; 4, 5), la libertad es una realidad ya adquirida para la humanidad por iniciativa de Dios y por la muerte de Cristo. Pero falta la integración de cada hombre en este misterio de libertad, y esto es precisamente lo que viene a hacer el Apóstol; la libertad evangélica se opone, no sólo a la esclavitud de la ley, sino también a toda esclavitud religiosa (Rom 8, 21), a toda alienación del hombre por lo sagrado.

El amor es la expresión de esta libertad cristiana, porque la vida religiosa y moral liberada de las infinitas sobrecargas legalistas, puede concentrarse en el precepto único del amor; y porque el amor y el servicio a los demás permiten liberarse de la esclavitud de la carne o, más concretamente, del egoísmo.

Lectura del santo evangelio según San Lucas, hoy pone fin a la misión de Jesús en Galilea (9,51-62).

En San Lucas, la vida de Jesús se expresa, como la subida a Jerusalén; es el camino hacia la cruz. El texto dice que Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén. Era su gran cita con el Padre. Ciertamente, allí le esperaba la cruz, pero toda esa realidad tenía un sentido: vivir hasta el summo su comunión con el Padre que le va a llevar al triunfo de la resurrección. La vida del discípulo se indica en el "seguimiento". El verbo "seguir" es el más empleado en los evangelios y determina con toda claridad lo que es ser cristiano. La vocación cristiana se resuelve en responder a la llamada del seguimiento de Cristo por el camino de la abnegación, pero con la vista puesta en que al final de la ruta se encuentra la resurrección y la vida.

El seguimiento de Cristo, aun imponiendo la ruptura total con el hombre viejo, es manumisión y oferta de libertad. El discípulo de Cristo no tiene limitaciones a su libertad que se realiza en el amor y el servicio fraterno irreconciliables con el egoísmo, el libertinaje y el relativismo acomodaticio. "Para vivir en libertad, Cristo nos ha liberado. Si los guía el Espíritu no están bajo el dominio de la ley", nos dirá San Pablo. Los que han sido revestidos de Cristo son los más libres. La radicalidad de Jesús con sus discípulos y seguidores está en relación con su misión; han de vivir en íntima unión con el Maestro en el anuncio del Reino, y, haciéndolo vida, promoverlo.

Este camino hacia Jerusalén se inicia con un rechazo de los samaritanos, como el de sus "compatriotas", al comienzo del ministerio de Galilea. La reacción de Santiago y Juan, pidiendo "que caiga un rayo del cielo y los consuma", provoca la reprimenda de Jesús, que desapruueba toda manifestación de intolerancia, fanatismo y violencia. El seguimiento de Jesús, rechaza de plano esas actitudes del creyente.

Respondiendo a tres aspirantes a discípulos, Jesús clarifica, cuáles son las condiciones que exige a quienes quieran seguirlo: esfuerzo, coherencia, desprendimiento. Las posturas de los tres presentan la fisura de no tomar como absoluto el seguimiento que ofrece Cristo; cuadran perfectamente con las medias tintas, carecen de una vivencia interior decidida a descubrir en el seguimiento de cada día la liberación y la verdad del salmista: Señor Tú eres mi bien.

El camino cristiano es el de Jesucristo: Amor y entrega. Antes de que Lutero defendiese que la salvación viene por la fe, la Iglesia, especialmente por medio de San Agustín, condenaba, en el siglo V, las doctrinas de Pelagio, que afirmaba la suficiencia del hombre, para salvarse por sus obras, sin necesidad de la ayuda de Dios. El pelagianismo quedó pronto desaprobado y olvidado; sin embargo, ha quedado un "pelagianismo latente", en sentido de que obrar bien, reporta la salvación. Sin el amor de Dios, Padre, y el sacrificio de Cristo, no se alcanza la resurrección. La fe exige una radicalidad de vida, una coherencia con el Evangelio que hemos aceptado y que anunciamos. No podemos filtrar el evangelio de Jesús según nuestras conveniencias. De hecho las exigencias de Jesús son condiciones maravillosas, para nuestra libertad, nos alejan de las reducciones de nuestros miedos, complejos e intereses. Somos libres, pero libres, para amar más, en grado sumo. Vivimos en una sociedad que busca lo cómodo y lo fácil y que no entiende de compromisos definitivos. Busca una felicidad a toda costa; ser feliz es lo que importa y no le interesa el cómo. Ahí es necesario el testimonio del que sigue a Jesús en esta vida y se implica al servicio del evangelio

El camino del seguimiento a Jesús es una andadura de amor que no rechaza la atención a los padres ni ninguna otra obra de misericordia. Lo que el Señor quiere es que amemos; que sepamos con claridad, que el amor es exigente y puede llegar a partirnos y romper la vida. En el ser cristiano, no caben "componendas". Y, porque nuestra vocación no resulta fácil, hemos de renovar cada día nuestra confianza en el Señor del amor y de la misericordia y seguir la senda con esfuerzo e ilusión.

Camilo Valverde Mudarra